

7. Think tanks review: Podar para crecer

Economistas como Paul Krugman abogan por el gasto público para impulsar la economía, los hechos demuestran que muchas veces sucede lo contrario. Céline Carrère y Jaime de Melo (Universidad de Génova) han estudiado 58 casos de políticas fiscales en los 38 países de la OCDE descubriendo que, cuando el déficit primario supera el 2%, los estímulos presupuestarios pueden incluso debilitar el crecimiento. Esto sucede porque los efectos multiplicadores se diluyen cuando el gasto público ya se encuentra en niveles elevados y porque éste es un mal bálsamo cuando pocos confían en que el déficit se pueda encarrilar.

En el documento 'Has austerity gone too far?', Giancarlo Corsetti, director de Programa del think tank Centre for

Economic Policy Research (CEPR) se pregunta cuáles son los límites para la reducción del déficit público. ¿Hay un momento en el que la austeridad puede afectar al crecimiento y volverse contra sí misma? Corsetti ha analizado los casos de Italia y Reino Unido y ha encontrado que lo importante es reducir tanto el déficit como sea necesario para recuperar la confianza. Por eso, flaquear en la lucha contra el déficit podría ser perjudicial, porque supondría quedarse en tierra de nadie y combinar dos efectos negativos: una contratación pública menor y un acceso al crédito todavía difícil.

Además, según apunta Manfred JM Neumann (investigador del servicio de estudios del Bundesbank), es muy pronto para dar la señal de alarma, porque los efectos de la austeridad en el creci-



O se recortan los impuestos o se terminará recortando el valor de nuestros ahorros

miento todavía no se han podido notar. Neumann apunta, en cambio, al corazón de Europa: apunta, en cambio, al corazón de Europa: “Probablemente la economía global crecerá un 3,3% este año, mientras que la Eurozona bordeará la recesión”.

El investigador añade que revertir las políticas fiscales o romper el euro son opciones claramente peores que la

austeridad. La primera, advierte, no nos devolvería el crecimiento, mientras que la segunda supondría una austeridad forzosa y una bajada generalizada de salarios. En su opinión, el único camino posible es rebajar el nivel de gastos, porque el BCE no puede convertirse en prestamista de última instancia para los Estados. El motivo por el que sí presta a los bancos es que su solvencia es más difícil de medir; en cambio, hacer lo mismo entre los Estados supondría transferir recursos de unos a otros.

Hay dos razones por las que los efectos de la austeridad no se han notado. La primera es que no existe. Como señala en el Instituto Juan de Mariana en el último informe de su Observatorio de Coyuntura Económica, “el gasto gubernamental en la Eurozona en términos

del PIB se colocó en el 49,4% en 2011, desde el 46% en 2007; y ello a pesar de la reducción de este indicador desde 2009, cuando alcanzó el máximo de 51,1%". La segunda la indican Marco Buti y Lucio Pench, del Directorate General for Economic and Financial Affairs de la Comisión Europea. Desde su punto de vista, los estímulos de gasto pueden impulsar la economía a corto plazo, pero tarde o temprano se acaban; por el contrario, la austeridad sólo es efectiva a largo, aunque el efecto es más prolongado. Estos autores recuerdan también que el nivel desde el que partían los ingresos públicos era irreal, que eran artificialmente elevados a causa del boom y que no se van a repetir. La única forma, por lo tanto, de reducir el déficit es bajar el gasto. Buti y Pench apuntan también que la reducción presupuestaria no debe hacerse igual en todos los países: aquellos donde la deuda o el déficit son extremadamente elevados, caso de España, deberían cerrar la brecha más rápido, porque es más difícil que la economía se descontrole, generando una pérdida de confianza.

Los investigadores del CEPR Alberto Alesina y Francesco Giavazzi apuntan que no todas las formas de cerrar la brecha del déficit son iguales. De acuerdo con la experiencia de los países de la OCDE en los últimos 40 años, apuntan que "un ajuste pequeño por el lado de los ingresos puede ser más recesivo que uno más grande por el lado de los gastos". Además, sólo las reducciones de gasto conducen a equilibrio perma-

La austeridad tiene efectos a más largo plazo que los estímulos, pero la principal razón por la que no se han notado es que ésta no existe

nente, mientras que cuando se suben impuestos la ratio Deuda/PIB tiende a dispararse a largo plazo.

Por otra parte, no todas las subidas de impuestos son iguales. Es necesario que muchas actividades dejen de recoger tantas desgravaciones y subvenciones en el Impuesto de Sociedades, que alteran el comportamiento de los individuos hacia pautas menos rentables; en cambio, se podría poner un tipo menor. Además, el IVA es uno de los impuestos más bajos de Europa. No se trata sólo de que los tipos sean más bajos, sino que también el número de bienes con tributación reducida es el mayor: sólo el 42% de los productos que se compran a lo largo del año tributan al tipo general. Un argumento a favor de limitar la cantidad de productos a tipos reducidos es que alteran las decisiones de compra de los ciudadanos, incentivando modelos económicos que podrían no convenirnos. Por ejemplo, desde Europa se considera que la el tipo súper reducido para la compra de vivienda o el reducido para la hostelería están injustificados.

La subida de las tasas a servicios que apenas generan externalidades positivas (es decir, excluyendo sanidad,

educación, transporte...) sería positiva incluso para eliminar los servicios que son menos valorados por la ciudadanía y dejar vía libre a la introducción de empresas privadas.

Por el contrario, subir todos los impuestos, sin distinción, sería además ineficaz, porque “la mayor parte de Europa está en la parte más alta de la curva de Laffer” (Mathias Trabandt y Harald Uhlig, National Bureau of Economic Research).

En este sentido, cabe apuntar que el 40% de la reducción del déficit prevista por el Gobierno descansa sobre un aumento impositivo, mientras que un 60% consiste en reducciones presupuestarias. La solución pasa por acompañar los ajustes presupuestarios con medidas liberalizadoras, lo que serviría para impulsar el crecimiento. Si el Estado deja de sostener artificialmente la demanda en determinados sectores mientras abre espacios para la competencia en otros, los recursos se trasladarán de aquellas partes menos productivas de la economía a otras donde puedan resultar más provechosos.

Por eso, es de imperiosa necesidad la privatización de empresas públicas. Hay muchas instituciones que defienden que no es un buen momento para vender, pero cabe recordar que el objetivo de las privatizaciones no es tanto hacer caja como liberalizar algún sector de la economía.

De acuerdo con expertos como Rafael Pampillón (Instituto de Empresa y miembro del Consejo Consultivo de Pri-

vatizaciones del Gobierno de España), se puede liberar una actividad del corsé del Estado e introducir los incentivos de la empresa privada, entonces las privatizaciones habrían merecido la pena, porque se transforma una empresa que chupa subvenciones en otra que genera beneficios para los accionistas y la sociedad.

Dos avisos del profesor Pampillón antes de lanzarse a vender el patrimonio público: cuidar con los intermediarios y vigilar que se creen las condiciones para que haya competencia en el sector a la vez que se atraen inversiones internacionales que lo modernicen. Si alguien está dispuesto a pagar demasiado por una empresa pública, malo: significa que tendría acceso a un mercado cerrado donde, por lo tanto, no se compra el derecho a acceder a él, sino el privilegio de que los demás no lo hagan. Así, estaríamos sacrificando la posibilidad de crecer a cambio de mantener nuestro gasto corriente. ¡Nuestra herencia por un plato de lentejas!